

alcalá



I

La senda que conducía a la villa era ahora mucho más suave que los vericuetos y empinados caminos por los que había descendido desde la zona alta de la montaña. Caminaba con paso seguro, llevando en una mano el ronzal que le unía a la mula de carga. Ésta avanzaba tras él resignada como siempre, atenta a los lugares donde apoyaba los cascos, y renuente a avivar el paso que le imponía el fardo que transportaba. Corría una fría brisa de febrero y el hombre podía ver ya los humos de las chimeneas de la villa. Una villa que a él se le antojaba grande y excesivamente poblada. Era consciente de que llevaba según sus cálculos más de tres meses sin aparecer por allí.

El hombre dirigió sus pasos hacia una de las primeras casas que encontró en su camino. Era la casa del herrero, y el animal que llevaba necesita urgentemente una revisión. El artesano lo vio llegar desde lejos. Era un hombre alto, de anchas espaldas, cubierto por un chaquetón de paño grueso que había visto tiempos mucho mejores, y sobre éste, una zamarra sin mangas de procedencia indefinible. Quizás entre piel de oveja o cabra silvestre. El artesano lo reconoció de inmediato. Dejó el martillo a un lado del yunque y salió al vano de la puerta a esperar su llegada.

–Mujer –gritó con fuerte voz en dirección de la casa contigua–, trae algo de vino, ha llegado Resurrección.

Conocía los gustos y las costumbres invariables del visitante. Aunque el hombre que se aproximaba vio acercarse a la mujer con una jarra de barro en la mano, no apretó el paso siquiera un momento. Sólo cuando de verdad

hubo llegado, ató el ramal a una argolla en la pared y quitó la boina negra que le cubría la cabeza para rascarse la desordenada cabellera que había bajo ella. Entonces alargó la mano y cogió el vaso de madera que le tendían. Apuró el contenido de un trago amplio y en sus ojos grises de lobo brilló un destello de satisfacción.

–Hay que herrarla –dijo señalando la mula con un gesto de su cabeza–, viene muy larga esta vez.

Había en todo él, una mezcla de salvajismo y de añoranzas de antaño. Aunque el herrador era una cabeza más alto, no hubiese medido sus fuerzas con aquel hombre. Bebió un segundo vaso de vino junto a la puerta de la fragua. Éste más despacio, saboreando cada trago, y aceptó con una mueca que parecía una sonrisa de cumplido el papel de liar y el tabaco que le ofrecieron.

–Ha ido bien esta temporada, ¿eh?

Ante la pregunta de la mujer deslizó una absorta mirada sobre la carga del animal y asintió dubitativo con la cabeza. Sobre la albarda que portaba la mula se apiñaban y amontonaban cuidadosamente atadas un sinnúmero de pieles. Una más grande que el resto, presumiblemente de oso, tapaba los haces de las más pequeñas que asomaban debajo. Una vez hubo terminado la segunda ración de vino, deshizo el equipaje y colocó las pieles dentro de la herrería, separándolas por calidades y por especies. Uno de los rapaces del herrador se acercó solícito para ayudarlo. Tendría doce años de edad y era un avispa mozalbete que conocía las reacciones del cazador.

–Dale grano al animal –dijo sin alzar la voz–, lo prueba muy pocas veces –y deslizó en su mano una moneda como premio.

Colocó con parsimonia a un lado las de los lobos, a parte de las de zorros y martas, garduñas, tejones, comadreas, turones, armiños y algunas de gato montés. Un pequeño muestrario de la fauna se extendió por la tablazón, llenando el lugar de un olor acre y penetrante que parecía una mezcla de sebo rancio y humo de hogar.

–No las toques –le ordenó seguro de que su orden se cumpliría.

El mozalbete asintió sabedor de cuál era su obligación y contempló admirado el producto de la caza de Resurrección. Enrolló la piel del oso y con ella salió de nuevo al exterior para dirigirse a la villa. Se alejó sin pronunciar palabra alguna, con aquel pellejo al que no le faltaba ni la parte de la cabeza del plantígrado y cuyas garras bamboleaban sobre su pecho y espalda, mientras él caminaba parsimonioso.

Se dirigió a la parte más antigua de la villa, donde las casas pequeñas y arracimadas, conformaban un barrio mísero de construcciones humildes. Sólo una de ellas, más alta, más consistente, destacaba sobre el resto. Era taberna, tienda de ultramarinos, colmado y podría decirse que banco. Lugar donde podía hacerse cualquier tipo de transacción. Donde era posible comprar y vender, obtener un préstamo o solventar cualquier negocio. A aquella hora de la mañana una mujeruca hacía su precaria compra y el propietario revisaba los anaqueles. El cazador se dirigió al mostrador más apartado y dejó caer la piel sobre el mismo. La desenrolló con parsimonia y alisó el grueso pelaje del lomo que aparecía hirsuto como en vida de la fiera.

–¡Hombre! Parece una buena pieza...

La frase del propietario de la tienda no alteró el gesto de Resurrección, por el contrario, lo miró con ojos acerados y dijo:

–No lo parece, lo es.

Y tras decir esto le dio la vuelta para que comprobase el curtido conque la parte interior había sido tratada. El cuero aparecía limpio de toda partícula de grasa, el tacto era suave y conservaba la flexibilidad de una piel viva. Remigio, que así se llamaba el comerciante, revisó el trofeo en busca del agujero de bala. Resurrección había tenido buen cuidado de apuntar esmeradamente al sitio preciso. La bala había entrado tras la paletilla derecha y alcanzó el corazón de animal sin causar más daños.

–Vale sus buenos reales –le advirtió Resurrección, antes de que él pudiese aventurar una cifra, que por experiencia sabía que iba a ser más pequeña de lo que en realidad valía el trofeo.

Mientras el tendero reflexionaba sobre la oferta que contentara a los dos, Resurrección sacó la bolsa de tabaco y comenzó a liar un pitillo. No tenía prisa. Como no la había tenido cuando estuvo más de tres días en la espera para matar al animal.

–Cincuenta –apuntó Remigio.

–¿Cincuenta qué? –respondió el cazador cortante.

–Duros, desde luego.

–Vale cien.

–No puedo darte más de ochenta –aceptó ya como último recurso, viendo como se esfumaba parte de la ganancia que habría podido obtener.

–Estamos de acuerdo –se resignó también Resurrección–, venga esos ochenta.

Hubiera querido los cien, pero sabía que era la última oferta posible. Lo sentía, no por las horas de espera, sino más bien por las que había invertido en curtir la piel, a la que sometió primero a un tratamiento con tanino de corteza de castaño y posteriormente con resina de pino. Pero éstos eran secretos que nunca confesaba a nadie. Formaban parte del misterio de la calidad de sus entregas. A continuación puso al corriente al dueño del negocio de las otras pieles que esperaban en la fragua, y que él se encargaría de ir vendiendo a su tiempo.

–Aquí tienes –dijo Remigio– el importe de las pieles que me dejaste la vez anterior. Se vendieron todas.

Y puso frente a Resurrección una hoja de papel donde había anotado cuidadosamente las cantidades. El cazador las miró atentamente, frunció el ceño como si repasase la suma de todas y aceptó finalmente. Nunca le había dicho a Remigio que apenas sabía leer, y por lo tanto, las cuentas a no ser en su propio bolsillo, eran para él un galimatías. Se

despidió con un gesto que equivalía a un hasta luego y salió a la calle seguido del humo del cigarro que fumaba. Remigio tocó la piel y meneó la cabeza, dubitativo, pensando que habría más ocasiones para ganar lo que esa mañana no había podido ser.

El cazador se encaminó a la fonda donde normalmente se hospedaba en la villa. Era una posada pequeña, sucia y llena de humos de la cocina, que entraban a raudales en el pequeño espacio que estaba dedicado a taberna. A Resurrección esto no le importaba mucho. Estaba acostumbrado a las incomodidades de la alta montaña, y aquel tabernucho era para él un hotel de lujo. Tomó asiento en una de las mesas mugrientas y no respondió a ninguno de los intentos que hicieron los escasos presentes por saludarlo. El tabernero acercó hasta él una jarra de vino y un vaso ancho, de grueso cristal y fondo tosco. Vertió la bebida hasta llenarlo y dejó la jarra sobre la mesa, que rezumó el rojo tinto que contenía hasta mojarla. Resurrección tomó el vaso en la mano y lo vació de un trago. Luego, tras llenarlo de nuevo, se sumió en oscuras e indescifrables cavilaciones durante un buen rato. Lo sacaron de éstas el plato de sopa que pusieron delante de él. Una sopa humeante, de cocido, con tropezos de hígado y otras partes que no se molestó en identificar.

Tomó la sopa entre ruidos al sorber el líquido ardiente y bebiendo frecuentes tragos para soportar el calor en la boca. Cuando la criada le trajo una fuente de garbanzos, la miró por un instante y empujó la jarra ya vacía que ella se llevó para rellenar. Era una mujer delgada, de mísera apariencia, joven aún y que por lo que él sabía muda de nacimiento. Vestía un sayo holgado que había sido remendado más de lo recomendable y ataba a la cintura un mandil heredado, seguramente, de su patrona. Mientras Resurrección atacaba los garbanzos la vio alejarse en busca de la bebida y pensó que no daría por ella ni un real. Había oído decir al patrono que llevaba con ellos muchos años. Al menos él la había visto allí desde siempre. Creyó recordar que había aparecido por la villa cuando era muy joven, hambrienta y pidiendo

un mendrugo de pan que llevarse a la boca. Nadie supo adónde iba ni de dónde venía. No se comunicaba con nadie, ni siquiera por señas, y sólo escuchaba lo que le ordenaban o decían, con el temor en el rostro y las manos entrelazadas como pidiendo misericordia. Los garbanzos abundantes y bien cocinados le parecieron muy sabrosos. Él no estaba acostumbrado a los cocidos, comía casi siempre carne de la caza y algún huevo que sus decrepitas gallinas le daban esporádicamente. Dio un manotazo sobre la mesa al ver que la muda tardaba en exceso en traerle la jarra de vino. Cuando la hubo depositado sobre la mesa tomó un buen trago y eructó sonoramente. De nuevo empujó la fuente vacía hasta el borde de la mesa y se quedó mirándola con fijación, con el destello casi animal de sus ojos grises de alimaña. La muda pareció dar un respingo y le acercó velozmente el embutido del cocido. Éste era otro manjar al que no estaba acostumbrado en su soledad. Miró la morcilla, el chorizo y el tocino, y se decidió por la primera. Comía a grandes bocados y, empujaba la carne hasta su boca ayudándose de un trozo de pan. De nuevo tuvo que llenarle la jarra y de nuevo la vació él.

Quedó saciado ante la mesa mientras terminaba la bebida. Había rehuido varias veces la conversación que algún parroquiano había intentado iniciar. Jamás hablaba de sus correrías, ni del lugar donde vivía en la montaña, ni jamás daba un solo dato de dónde capturaba o abatía sus piezas. La muda retiró los cubiertos y pasó un trapo para limpiar las abundantes migas que había regado sobre la superficie de la mesa. Resurrección la miró mientras se alejaba, con aquellos brazos que parecían cañas secas y escuálidas, con su pelo pajizo cortado tan toscamente que hubiera podido asegurarse, que lo había hecho alguien adrede o con unas tijeras de esquilar ovejas. Se encogió de hombros como si hubiera mantenido una conversación consigo mismo, y lió parsimoniosamente un cigarro. Una vez lo hubo fumado, pagó al posadero el coste del almuerzo. Aunque tenía pensado pasar la noche allí, pagaba inmediatamente todo

lo que consumía. Era una forma más de evitar posibles engaños y de llevar las cuentas claras y sobre la marcha.

–Vendré a cenar –masculló por toda despedida.

Si quería partir como tenía pensado, con las primeras luces del alba, debía apresurarse y solucionar todos sus asuntos pendientes aquella misma tarde. Subió de nuevo hasta la herrería y comprobó que la mula ya estaba herrada, que le habían dado el pienso que había pedido y que tenía a su alcance abundante agua. Así que volvió a aparejarla y sujetó de nuevo las pieles a la albarda. Con ella se dirigió a la tienda. Descargó la mula, arregló cuentas con el tendero e hizo los encargos que debería llevarse al día siguiente. Harina, sal, café, grano para el animal, municiones para la escopeta de distintos usos y un sinnúmero de artículos que el tendero conocía de antemano.

–De las pieles de lobos y raposas –le dijo– tienes que cobrar la prima del ayuntamiento.

Era costumbre entonces que las alimañas obtuvieran una recompensa de los municipios al ser abatidas. Se consideraba un bien común librarse de aquellos merodeadores sin piedad. El tendero asintió, más para tranquilizarlo, que porque no supiese qué era lo que tenía que hacer de inmediato. Una vez que hubo contado todo lo que le proporcionó, lo cargó de nuevo en el animal, y con todo ello regresó a la herrería donde lo depositó hasta el amanecer del día siguiente. Todo aquello comenzaba a aburrirle, y eso que, apenas llevaba unas horas allí. Pensaba en la cabaña, en los pocos animales que allí tenía y en los perros, que estarían un día sin comer, aunque sabía que eso no les perjudicaría. Pero en realidad era su mundo, y como suyo lo echaba de menos.

La cena había sido copiosa y la cantidad de vino que bebió, desmesurada. Así que, como aún no había quedado satisfecho, tomó algunos vasos de aguardiente para finalizar. La taberna estaba prácticamente vacía, y la muda iba y venía recogiendo y fregando todo aquello que tenía por costumbre. Resurrección la miraba torvamente, con los ojos acuosos y las manos descansando sobre la mesa, que

en aquellos momentos ya eran prácticamente incapaces de sostener el vaso. La mitad del licor se había derramado y con una especie de gruñido solicitó que se lo rellenara. Hacía ya un buen rato que el patrón se había ido para atender a sus animales antes de retirarse a dormir. La muda se acercó a él y vertió el aguardiente que le había pedido con mano temblorosa. Tenía miedo de aquel hombre, en realidad su temor se extendía más allá del mismo, tenía miedo a todos los hombres. Y en ese porcentaje del miedo, también incluía a la mayoría de las mujeres que conocía o había conocido.

Iba a retirarse para continuar con sus labores, cuando la mano o mejor la garra de Resurrección la atrapó por el bolso del mandil. Ella instintivamente dio un paso atrás y la tela se desgarró con un chasquido. Resurrección se quedó con un trozo en la mano, y un gesto de sorpresa y estupefacción en su cara abotargada. La muda echó a correr hacia la puerta que daba al corral, despavorida.

–Vete, puta muda –masculló el hombretón–, no vales nada.

Bebió de un solo trago el vaso y quiso levantarse aunque volvió a quedar sentado en el taburete. Con gran esfuerzo se puso en pie, miró hacia las escaleras que subían a las habitaciones, y con paso tambaleante se dirigió a ellas. Tropezó todavía varias veces en el corto tramo que llevaba al piso superior, y solamente la barandilla evitó que diera con su cuerpo en el suelo o escaleras abajo.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, Resurrección abandonaba la villa. Tras él y visiblemente fresca iba la mula con todas sus pertenencias. A Resurrección le dolía la cabeza tremendamente, tal parecía que el herrador había colocado un clavo en cada una de sus sienas. Aspiró el aire frío y cortante y creyó percibir en él un olor a nieve. Incluso con la resaca producida por el alcohol, sabía que en estas cosas jamás se equivocaba.

II

Llegó a la cabaña tras largas horas caminata. La mula tenía los flancos y el pecho llenos de sudor blanco igual que la espuma, y fue la primera en ser atendida. La introdujo en la parte reservada a los animales y la aligeró de su carga. Fuera llovía, o más bien, caía una fina nieve que se deshacía al tocar el suelo. A Resurrección no le importaba puesto que si la nieve alcanzaba a cubrir el suelo como preveía, era un buen momento para que los cepos y las trampas que había colocado fueran mucho más efectivas. La nieve era un buen camuflaje natural.

Frotó al animal con un manojo de hierba seca, hasta conseguir que el lomo y los flancos salieran de entumecimiento de la dura marcha. Los perros alborozados saltaba a su alrededor. La más alegre era su perra Tuca, una mezcla de grifón, extraña, corpulenta y membruda, por la que tenía una especial predilección. Los otros dos era hijos suyos, pero jamás habían alcanzado el grado de perfección en la caza que Tuca tenía de modo innato. Resurrección se había deshecho anteriormente de muchos perros que no le habían servido para nada. El primer fallo lo daba por natural, al segundo, un garrotazo con precisión en la cabeza del animal acababa con su vida. Luego despeñaba el cuerpo por una de las barrancas que había, mientras pensaba que las alimañas y las aves de carroña también tenían derecho a la vida. A veces, muchas, el lento orbitar de éstas sobre los restos del perro, le habían servido como reclamo para atraer a posibles presas. Observaba durante horas las evoluciones de los buitres y los cuervos que en lo alto, unos más que

otros, vigilaban el festín antes de decidirse a bajar a por él. Y en ocasiones, algún lobo o más de uno, atraídos por aquéllos se acercaban hasta la barranquera para comer. Y era entonces cuando Resurrección apunta y dispara, obteniendo así un trofeo extra con el mínimo esfuerzo.

La cabaña era bastante grande, de forma ovalada y toda ella construida en piedra. El techo hecho con plantas secas de escoba y piornos formaba una cúpula puntiaguda que la hacía impenetrable al agua y a la nieve. Los tres perros habían quedado allí encerrados, para proteger a las tres cabras que poseía, y a las pocas gallinas que daban menos huevos cada mes que pasaba. De este modo, evitaba que acostumbrados a salir al monte, fueran atacados por los lobos y descuartizados. Sobre todo Tuca, la más temeraria de los tres.

Había encontrado el poblado muchos años atrás. Formaba un corro de construcciones muy antiguas que habían sido abandonadas muchos años antes. Los vestigios de un poblado de origen céltico que en aquellas tierras llamaban castros. La mayoría de ellos se remontaban a la época de la dominación romana, pero esto, Resurrección ni lo sabía ni le importaba. Algunos de ellos, como la cabaña que había elegido, soportaron el paso del tiempo porque fueron utilizados por los montañeses para guardar sus ganados en la época estival. La que él había seleccionado conservaba todavía el crucero central de madera y parte del primitivo techo. Resurrección lo había reparado pacientemente hasta que alcanzó la consistencia necesaria. Era un cobijo cómodo, bastante más acogedor de lo que parecía a primera vista, y lo que era más importante, lo suficientemente aislado para que nadie diera con él.

Echó un poco de grano a la mula y luego cerró la puerta tras de sí. Entró en la zona destinada a vivienda por una puerta opuesta a la de la cuadra. Estaba separada de ésta solamente por unos burdos tablones de madera. Había seguido la costumbre de los primitivos constructores, puesto que así, ganado y seres humanos convivían bajo

el mismo techo y compartían ambos el mismo calor. Los perros lo siguieron hasta la otra puerta que daba acceso a la vivienda y entraron tras él. Resurrección miró por la fuerza de la costumbre si todo estaba en orden. Aunque el orden en el interior de ésta era un desorden generalizado. Pero como todos los solitarios, aquel desorden era para él el orden perfecto. Pocas cosas había allí dentro, exceptuando un hogar de piedra en el medio, un rústico camastro en la zona opuesta a la puerta y unas baldas de tosca madera donde reposaban utensilios y las pieles que iba consiguiendo para su curtido. Todo lo que era susceptible de ser comido por los roedores o sus propios perros, colgaba del techo. Echó una brazada de escoba seca en el hogar y tras algunos intentos consiguió que una llama prendiese en ella. Si no había suficiente grasa para un candil que poseía, aquella era la única luz de interior, ya que la morada carecía de ventanas. Sólo un pequeño agujero, justamente encima de la improvisada cocina, servía para evacuar a duras penas el humo al exterior. Así que la estancia estaba impregnada de un olor acre y animal que nunca se extinguía. Pero la carne colgada a ambos lados de la hoguera se ahumaba en las mejores condiciones y lo que era mejor, con el mínimo esfuerzo.

El humo subió morosamente hasta la techumbre, y al igual que si estuviera domesticado salió a pequeños borbotones por la abertura. Había dispuesto dos bancos a ambos lados del fuego y tomó asiento en uno de ellos. Añadió algo de leña más consistente y puso una pequeña olla de hierro sobre las llamas. La olla pendía de una cadena que iba sujeta a un trípode de hierro. Era ya tarde para visitar las trampas de caza, pero era lo suficientemente temprano para prepararse un poco de harina de maíz con agua para la cena. Cuando el agua estuvo bien caliente, añadió dos puñados de la harina y dejó que la intensidad del fuego bajase lo suficiente para no quemarla. Aún le dolía la cabeza y sentía un hambre atroz que tenía que mitigar. Coció el pellejo de vino que se había traído y tras colocarlo en una de las baldas, dejó que

el contenido llenase una jarra de madera que usaba como vaso. Bebió un buen trago, dejó que la bebida calentase su estómago y salió dispuesto a ordeñar las cabras, esperando encontrar algún huevo de aquellas renuentes gallinas que poseía. A su regreso la pasta de harina y agua borboteaba en la olla, y Resurrección la sacó del calor. Añadió unas castañas cocidas que reservaba y comió con avidez. Más tarde, cuando la noche se había enseñoreado del exterior, se dejó caer en el camastro, sobre el lecho de hierbas secas y pieles, y extrañamente se acordó de la muda.

Antes del alba ya estaba en pie. Tomó un trago de aguardiente por todo desayuno y luego se dirigió a la parte donde estaba el ganado. Como la cabaña estaba rodeada de antiguas construcciones, al igual que corros de piedra que se tenían aún por sus propios medios, había habilitado los más posibles con el fin de utilizarlos como improvisados corrales al aire libre. Seguía un método infalible, primero dejaba que la mula pastase la hierba que crecía en el interior, luego las cabras remataban lo que el équido desdeñaba, y por último usaba las gallinas para que limpiasen el suelo.

Introdujo la mula en el corro más abundante, y luego llevó por turnos las cabras y las aves a los que aquel día les correspondía. Pistón y Turco, los dos perros, esperaban a su lado conscientes de lo que se esperaba de ellos. Así que, a una señal suya, ocuparon sus puestos de guardia cerca de los animales. Resurrección sabía que no se moverían de allí hasta su regreso. Cuando emprendió la marcha, Tuca lo siguió fielmente. Llevaba la escopeta al hombro, la canana a la cintura y un grueso bastón en la mano derecha. No llovía, pero un suave y helador viento del norte soplaba intermitente. Miró el cielo cubierto de nubes y supo que aquel viento era lo que deseaba. Traería aves migratorias a su territorio de caza.

Tuca se adelantó algunos metros por la senda. No se veía mucho en medio de la oscuridad, pero avanzaba con la seguridad de quien conoce bien el terreno. Oyó a lo lejos cantar a una lechuza y a ésta, pronto le contestó otra.

–Canta, canta pájara –musitó.

Para cualquier cazador y más para alguien como él, la superstición le decía que quien sale de caza y oye cantar a un ave nocturna, tiene el presagio de que el día será fructífero. Resurrección era un hombre primitivo, sin sentimientos, por eso las supersticiones le hacían mucha más mella. Abandonaron la senda principal y se dirigieron directamente a la amplia zona en la que había colocado los cepos y las trampas. Cuando llegaron las primeras luces, comenzó a observar atentamente los rastros que pudiera encontrar. Algunas señales puestas por él, se habían alterado. Un palo clavado en la vereda estaba desviado de su posición. Algún jabalí ha cruzado por este lugar en la noche, se dijo. Un examen más concienzudo le dio la razón a lo que su intuición le había dictado.

–Busca Tuca –ordenó a la perra que empezó a seguir el rastro.

La perra olisqueó éstas con interés y pareció orientarse inmediatamente. En algunos lugares no eran visibles por la dureza del terreno, o bien porque el jabalí había abandonado la senda, aunque más adelante había vuelto a ella. Resurrección empuñó la escopeta y sacó uno de los cartuchos de perdigón, para recargar con otro de postas. Siempre llevaba previsor un cartucho para caza menuda en el cañón izquierdo, y otro de munición mucho más pesada en el derecho.

Fue Tuca quien se lanzó a la carrera, desapareciendo tras unos peñascos que flanqueaban el camino. Resurrección se alertó de inmediato. Tras descolgar el arma, armó los dos martillos percutores y aguardó. Era un lance al que estaba acostumbrado, aunque en aquella ocasión, la mancha gris oscura y rayada en negro que cruzó ante sus ojos lo sorprendió. Comprendió en seguida que se trataba de un hermoso gato montés. El felino trepó a un árbol próximo con agilidad pasmosa, y se encaramó a una rama inaccesible para la perra, que aguardaba abajo mientras lo amenazaba con sus dientes ávidos del agarre. Resurrección cambió de

opinión, abrió el arma con parsimonia y cambió uno de los cartuchos. Las postas hubieran destrozado la piel, y por otra parte, con perdigón para zorros sería suficiente. Siempre le había llamado la atención que, un animal tan rápido en sus movimientos fuese capaz de quedar inerte a la espera del disparo. Y así era, pues el gato, mucho más corpulento que sus parientes domésticos, permanecía en su precario refugio a la espera de los acontecimientos. Éstos fueron inmediatos. Un disparo de la escopeta lo hizo caer pesadamente al suelo. Resurrección se apresuró antes de que Tuca destrozase la preciada piel. Estaba muerto y bien muerto. Admiró el pelo suave y denso y luego lo dejó en la cruceta de una rama. Lo recogería a la vuelta para no cargar con él. Pesaba sus buenos siete kilos o más, había sido una casualidad provechosa que la perra lo hubiera advertido. Acarició la cabeza del animal con cierto asomo de afecto y ésta lo miró con sus despiertos ojos. Luego, sin más concesiones, siguió su andadura.

Desviándose de la senda penetraron en una zona de denso bosque. Los castaños y los nogales silvestres se extendían por una pendiente suave, como si una mano invisible lo hubiese dispuesto cientos de años atrás. Tuca marchaba pegada a su pierna y olfateaba atenta el entorno. Las trampas ya estaban próximas. Comenzó a caer una fina lluvia que estaba mucho más cerca de ser nieve que de otra cosa. La pelliza de Resurrección atrapaba los minúsculos copos que quedaban prendidos en el pelo de oveja. Cambió la escopeta de posición, colocando los cañones hacia abajo para que no penetrase agua en ellos, y con paso cauto se acercó a la primera de las trampas. La encontró en seguida, gracias a una vara hincada en el suelo que indicaba su posición. Estaba vacía, así que ni la tocó para que no quedase el rastro de su olor en ella. Siguieron adelante en busca de la siguiente, que para su decepción tampoco había capturado nada. No era Resurrección uno de aquellos que al primer contratiempo pierden la calma. Muy al contrario, los años de furtivismo y soledad le habían enseñado que, la paciencia es la mejor cualidad cinegética.

–Mala suerte, Tuca –dijo continuando su inspección.

En la tercera trampa una raposa se revolvía presa en ella, aunque débilmente. Un certero bastonazo le ahorró una lucha estéril, y el cazador la liberó de los dientes del resorte. Depositó el cuerpo a un lado, restregó bien las manos en la piel de la presa y volvió a armar la trampa. Ocultó ésta bajo una capa de hojarasca y comprobó que la marca estuviese bien erecta y clavada en el suelo. No quería algún día por descuido, verse atrapado en uno de esos peligrosos artefactos. Abrió el vientre del animal con el cuchillo y comenzó a despellejarlo. No sacó las vísceras ni tampoco troceó el cuerpo. Muy al contrario lo colocó de modo que el olor de la carroña atrajese a otros y sujetó la piel a su ancha canana.

–Vamos Tuca –ordenó–, el resto nos espera.

El cuerpo de la zorra, desnudo de todo vestigio de piel, quedó atrás con su color rosáceo brillante de carne aún fresca.

No iba a ser una jornada notoria, el resto de las trampas estaba vacío, y la de contrapeso que había armado para los lobos permanecía intacta. Había cesado de caer la cellisca y tomó asiento precario bajo uno de los árboles. Lió con calma un pitillo que envolvió diestramente en comparación a sus grandes y toscos dedos. Mientras aspiraba el humo placenteramente consideró la opción de modificar el emplazamiento de las trampas, aunque finalmente lo desechó. Las dejaría algunos días más en el mismo lugar. Si nevaba como esperaba tras inspeccionar el cielo, la caza saldría más en busca de alimento, y entonces él estaría esperando. Emprendieron el regreso perro y amo con el mismo paso medido que les había llevado hasta allí.

Pistón y Turco salieron a su encuentro con muestras de alborozo. El cielo gris, tachonado de grandes manchas negras, confirmaba el pronóstico de nieve para las próximas horas. Parecía hacerse de noche por segundos, así que encerró a las aves, llevó a las cabras al abrevadero cercano, y luego en último lugar condujo a la mula a la poza de agua.

Todos fueron encerrados en la zona destinada a cuadra. Mientras la oscuridad llenaba el castro, encendió el fuego y se dispuso a preparar la única comida del día. El fuego prendió alegre en las ramas secas y Resurrección buscó una de las viejas sartenes que aún podían usarse. Derritió un poco de tocino en ella, la dejó cerca del fuego y amasó un poco de harina de maíz con agua, con el fin de preparar algo similar al pan, que cocían en las cenizas calientes del hogar. Cortó un par de lonchas de magro de jabalí, y sacó también de las partes menos buenas una ración para los canes. Se reservó las suyas a un lado hasta que se hubiera hecho el pan. Entretanto, comenzó a raspar con esmero las pieles para quitarles el último vestigio de grasa, antes de frotarlas con el preparado que acostumbraba.

Había un extraño silencio en la atmósfera, él sabía cuál era la razón. La inminente nevada que iba a caer reducía todo vestigio de vida en las cumbres a un letargo de espera. Acabó antes con las pieles a que estuviese preparado el pan. Aunque esperó que enfriase, pues la masa caliente ya le había gastado más de una broma indeseable al comerla así. Luego arrimó dos huevos que guardaba del día anterior a las brasas. Los quería duros, pues pasados por la sartén a la grasa, le parecía una comida poco consistente. Fritos podía comerse una docena sin enterarse. Engulló todo en unos pocos instantes y tomó dos vasos de vino del pellejo del que sólo sacaba lo imprescindible. Para aturdirse prefería un poco de aguardiente. Fumó con complacencia el último cigarro del día, mientras los perros acurrucados cerca del fuego dormitaban. Cuando se tumbaba en el camastro para dormir, oyó los aullidos de los lobos varias veces. Ni muy cerca ni muy lejos. Quizá merodeando por los linderos del bosque al acecho.

–Si hay suerte –le dijo a la Tuca en el umbral del sueño– mañana alguno estará en el cepo.

El animal lo miró entornando los ojos, sin moverse de su postura, recogida y ovillada, con un destello de inteligencia y entendimiento. Luego, Resurrección se

durmió placentemente. Nadie se acercaría hasta la cabaña sin que sus grifones lo detectaran. Durmió mal y a intervalos despertaba quedando durante largos períodos en una duermevela incómoda. Quedaban algunos rescoldos en el fuego, y una tenue luz rojiza iluminaba la cabaña. Oyó respirar a la mula al otro lado del tabique y supo que estaba descansando tumbada. Conocía cualquier susurro de sus animales y sus hábitos nocturnos y diurnos. Le dolía una de sus muelas, la misma pieza dental que ya le había molestado en otras ocasiones. Se levantó malhumorado, avivó lo imprescindible el hogar, buscó un poco de aguardiente y se enjuagó la boca durante largo rato. Era un remedio que en otras ocasiones le había dado resultado. Fumó uno de sus cigarros de áspero tabaco y luego se acostó de nuevo. Durante un fugaz momento se acordó de la muda, y quizá este recuerdo avivó el dolor de su muela, lo que hizo que se tapara bruscamente con la piel y buscara el olvido en el sueño.

Al alborear la nieve cubría la cabaña y una espesa capa de al menos una cuarta blanqueaba las laderas. Los tres perros salieron disparados a husmear en ella y dejaban las manchas amarillentas de sus orinas en el manto impoluto. Era su manera de marcar el entorno. Resurrección comprobó que algún lobo se había aproximado durante la noche, sus huellas se veían nítidas y marcadas en varias direcciones. Sonrió con acritud, conocía las costumbres de aquellas alimañas. Seguramente había reconocido la cabaña en busca de algún resquicio por el que colarse. Pero había sido en vano, y luego, desistiría a pesar de que el olor a ganado de su interior tirase más de él que el hambre de su entrañas.

No caía ni un solo copo, y el aire calmo tampoco movía siquiera un poco las copas de los árboles. Decidió sacar al ganado a los corrales y lo hizo inmediatamente. Pistón y Turco ocuparon sin él ordenárselo sus puestos de vigilancia. Las cabras fueron las últimas en salir, no sin que antes hubiera ordeñado a las dos que le proporcionaban algo de leche. Aquella leche tibia y áspera de fuerte olor, con un

poco de pan de la noche anterior, sería la primera comida del día. Dejó un poco para Tuca y se lo tendió para que ella lo devorase. Si más preámbulos se puso la zamarra de piel de cordero, calzó las fuertes botas y descolgó el arma. Tuca lo miraba atentamente, sabía de sobra lo que vendría a continuación. Y ella siempre estaba dispuesta para una caminata por el bosque. Hacía un frío intenso, así que se abrochó la canana por fuera de la ropa y se pusieron en marcha.

–Busca Tuca, busca –la animaba él de vez en cuando, mientras con ojos perspicaces registraba el menor atisbo de huellas que pudieran haber quedado de la noche anterior.

Avanzaba con el paso cachazudo y a la vez constante de quien está acostumbrado a las marchas en las peores condiciones. Se dirigía sin más preámbulos a la zona de las trampas. La primera de ellas que quería verificar, era precisamente la trampa más ingeniosa, aunque la que menos frutos daba. Pero aquel día tenía una premonición y sus premoniciones rara vez fallaban. Tuca avivó el paso y emitió un ladrido corto y repetitivo. Más que un ladrido era un lamento, así que Resurrección supo que en la trampa algo había caído. Cuando dos arrendajos levantaron el vuelo al acercarse, tuvo ya la certeza. Cualquier cazador avezado sabe, que cerca de una trampa cebada por una pieza, si hay un arrendajo cerca merodea sobre ella con insistencia.

Resurrección se dirigió a la trampa con presteza, Tuca ya lo había precedido acuciada por su olfato. La trampa en este caso la había dejado armada el día anterior. Consistía en una fuerte y larga vara de madera, en cuyo extremo más grueso había sujeto un contrapeso construido con un trozo de madera pesado, y en el otro un lazo que se sujetaba al suelo por un resorte. Cuando la alimaña se apoderaba del cebo, el resorte saltaba y atrapaba a ésta bien por el cuello o bien por una de sus patas. En este caso había funcionado a la perfección, y un lobo de mediano tamaño se había ahorcado en ella. Pendía exánime del lazo que aprisionaba su cuello, y Tuca mordía una de sus extremidades posteriores,

enervándose frente a su enemigo natural. Resurrección liberó al cánido del cordón corredizo y lo dejó caer al suelo sin miramientos. Poco después estaba desollado y los restos del lobo fueron a parar al barranco. Nunca cebaba una trampa con la carne del mismo animal que quería atrapar. Sabía que esto los ahuyentaba más que atraerlos. Miró cómo los restos sanguinolentos caían rodando por el precipicio levantando pequeñas nubecillas de nieve. Cuando hubieron llegado al fondo, enrolló la piel y la sujetó a su espalda. Cebó de nuevo la trampa con un trozo de tocino mohoso y siguieron el camino trazado. No hubo más suerte aquella mañana, el resto de los cepos del suelo estaban vacíos.

–Vamos Tuca –ordenó al animal–, volvemos a casa.

alcalá